

Mi mujer y yo

—No le demos más vueltas,

pues la vida es así:

de la duda, la sombra,

las huellas de sufrir,

la angustia, la amargura,

la tristeza sin fin.

—Un rayo de luz basta

para hacerme feliz.

¿Es sincera? ¡Quién sabe!

posiblemente, sí.

PEDRO ROMERO MENDOZA

EL ALQUICEL BLANCO

(LEYENDA)

Por CARLOS CALLEJO



BERNARDO de Besalú, señor del condado y castillo del mismo nombre, fue un caballero adornado de las más relevantes prendas que podían hacer a un señor feudal de su tiempo. Querido de sus vasallos, respetado de sus vecinos y protegido de los monarcas de quienes era feudatario.

Un hombre cuyo carácter bondadoso y dulce contrastaba con la violencia de pasiones y rudeza de sentimientos que era la tónica de aquellos tiempos de hierro. Y no es que a Bernardo le faltara valor ni entereza, pues de ellos y de su ánimo esforzado había dado pruebas bastantes en diferentes y gloriosas empresas, bien al frente de sus guerreros o aliado a los Condes de Barcelona y Urgel en sus luchas contra los árabes.

Lo que en definitiva revestía de humanidad y dulzura la figura del conde de Besalú, al mismo tiempo que constituía la principal marca de su carácter, era su sincera piedad, la identificación de los principios del Cristianismo que él servía, en la paz como en la guerra, a diferencia de otros señores, que en el fragor de los combates enarbolaban el estandarte de la Cruz, mientras en la vida particular de sus castillos olvidaban, entre ambiciones y pasiones, la doctrina del Crucificado.

Jamás indigente alguno llamó en vano a las puertas de su castillo, fuera romero, peregrino o simplemente errante buhonero o juglar, de los muchos que en aquella época recorrían los caminos. Nunca se supo que ejercitara sus derechos feudales con menosprecio de la más íntegra justicia, y en cambio, se contaban por millares sus buenas obras y eran muchas las iglesias y monasterios que se habían fundado o se mantenían, a expensas suyas.

Pero entre todas sus virtudes, tenía el Conde una especial devoción a la Madre de Dios, a quien encomendaba todos los actos de su vida con la ternura y veneración de un niño.